

Albini tenían cada una su partido de defensores y devotos, y por el capricho de ellas se regían los de la moda en sus pormenores y adminículos.

Los éxitos y la celebridad de *La pata de cabra* alcanzaron un círculo más amplio, siendo causa de una conmoción febril é inverisímil en la superficie mansa de aquella sociedad tan pacífica y tan desemejante de la nuestra. El mismo Fernando VII, para distraer el temperamento melancólico habitual en la reina Amalia, acudía con ella á reir los chistes de Guzmán; hacían otro tanto los habitantes de la corte sin distinción alguna, y las provincias mandaban un contingente de espectadores que dió harto en qué entender á la suspicaz y hábil policía del Monarca absoluto ¹.

Los mal intencionados que querían arrebatar á Grimaldi la propiedad de *La pata de cabra*, propalaron la especie de que sólo era una versión servil de *La patte de mouton*, traducida al castellano en 1816; pero el análisis comparativo de las dos obras y el carácter mismo de la aplaudida en Madrid la ponen á cubierto de todo ataque. Aprovechando lo bueno de la francesa con espíritu é iniciativa propios, alcanzó el modesto y laborioso director de escena la alta prez de agradar á un público cuyo idioma no era el suyo materno. Y aún es más digno de admirarse que á tanta distancia de aquellos días, y mediando tantos recuerdos muertos y tantas glorias marchitas, se conserven tenazmente arraigadas en el campo de las tradiciones populares las figuras de *La pata de cabra*, y muy en especial la macarrónica de *Don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey*.

¹ Las anécdotas que sobre el particular refiere Zorrilla en los *Recuerdos del tiempo viejo* parecen una novela romántica. Léase también el libro *Cosas de Madrid*, por D. Dionisio Chaulié (Madrid, 1884, pág. 223 y siguientes). El título primitivo de la obra era: *Todo lo vence amor ó la pata de cabra, melo-mimo-drama mitológico-burlesco de magia y de grande espectáculo, en tres actos, por D. Juan de Grimaldi*.



CAPÍTULO V

ANTECEDENTES, CARÁCTER Y PROPAGACIÓN DEL ROMANTICISMO EN ESPAÑA

La tradición artística nacional.—Primeras tentativas de reforma.—El romanticismo de los clásicos.—El Parnasillo.—Los emigrados españoles en Inglaterra, y su influjo en la revolución literaria.—Diversas apreciaciones sobre el romanticismo.—Su influencia en las costumbres.—El Ateneo y Liceo.—El periodismo ¹.

EN la compleja y oscilante significación de la palabra *romanticismo* cabe distinguir una parte negativa (la oposición al ideal pagano, ó más bien á sus intérpretes de los siglos XVII y XVIII, y á la tiránica dictadura que ejercieron en toda Europa), y la positiva, que envuelve el principio de la libertad en el arte, y la rehabilitación del Cristianismo como fuente de belleza, del espíritu caballeresco en sus múltiples derivaciones, y de los ideales que informaron la vida, las costumbres y la literatura de la Edad Media. De estas afirmaciones las hay que perseveran íntegras é incommovibles, porque siempre será cierto que las condiciones determinantes de una manifestación artís-

¹ Con el epígrafe *Introducción del romanticismo en España* publicó D. F. M. Tubino, en la *Revista Contemporánea* (números del 15 y 30 de Enero de 1877), dos artículos plagados de errores históricos y filosóficos que sería muy largo, aunque muy fácil, rectificar.

tica, aun tratándose de la que por excelencia se denomina *clásica*, no deben convertirse en norma fija de otras posteriores producidas por diferentes causas é influencias. Pero en la violenta colisión entre los mantenedores del convencionalismo versallés y los de la nueva escuela que concluyó por suplantarle, ninguno de los dos partidos extremos se contentaba con las reivindicaciones justas; y por eso, al triunfar el romanticismo, entronizó, sobre todo en las naciones latinas, el cúmulo de novedades efímeras y caprichosas que Saint-Beuve daba por definitivamente muertas en la Francia de 1848, y que desaparecieron también en Italia y en España hacia la misma época.

Un impulso general é irresistible, que partía de la renovación en las ideas y en las almas, y de los vagos presentimientos que anunciaban la proximidad de un mundo desconocido, eso fué y eso significó el romanticismo en sus albores; pero de él brotaron igualmente, así la protesta de cada nación contra el yugo impuesto por la falsa preceptiva francesa, como la arrogante fórmula que declaraba sagrado el asilo de la conciencia individual, para la que debían ser *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*. Quizá los trastornos políticos y sociales que experimentó Europa trajeron de la mano otros similares en los dominios de la literatura; quizá el incendio revolucionario que en éstos prendió era una chispa de otro más vasto y universal; pero no deben extenderse mucho tales relaciones de analogía y simultaneidad cuando vemos que los demagogos del 93 adoraban en los maestros del siglo de Luis XIV, y que la bandera del romanticismo se tremoló en otros países á nombre de la tradición.

Por lo que hace á España, el movimiento literario que se inicia en el primer tercio del presente siglo era fruto de muchas y muy diversas concausas, entre las cuales descuellan dos principalísimas; la reacción del espíritu artístico nacional, torpemente hollado por la

escuela neoclásica, y la influencia extranjera, formada á su vez por un gran número de elementos no fácilmente separables.

El renacimiento clásico no fué en España, á partir del siglo XVI, ni tan vivo, ni tan exclusivista que absorbiera la savia de la nacionalidad y borrara todo sello de independencia en los autores más preciados de eruditos, á pesar de la veneración fetiquista con que Europa entera se postró ante los altares de la civilización greco-romana. La ciencia de la crítica, que muchos creen de origen moderno, contaba entonces con eximios representantes, que explicaron como cosa llana muchas doctrinas con que habían de escandalizar á la edad presente los eruditos de Alemania. Con cualquiera de ellos puede rivalizar en perspicacia y libertad de entendimiento el olvidado autor de la *Philosophia antiqua poética*, el egregio helenista Alonso López Pinciano, que comprendió y explicó á Aristóteles como ningún otro en su época, y que aun para la actual apenas ha perdido nada de su valor absoluto ¹. Y lo mismo que del Pinciano ha de decirse, aunque en menor escala, de otros cien que razonaron admirablemente sobre el uso y abuso de la mitología pagana, que comprendieron todo el fruto escondido bajo la corteza áspera del arte popular, que dilataron cuanto era dable entonces las leyes de las unidades escénicas, y que, finalmente, con el nombre de tragicomedia dieron carta de ciudadanía á un género reputado híbrido y monstruoso por los discípulos de Boileau, pero enaltecido hoy en todas las naciones cultas.

¹ La *Philosophia antiqua poética* se publicó en 1594. Dice bien de ella el Sr. Menéndez Pelayo: «¿Y qué alabanza mayor podemos estampar de tal libro sino que, escrito en el siglo XVI, es el único comentario de la *Poética* de Aristóteles, que podemos leer íntegro sin encontrarle absurdo ni ridículo en pleno siglo XIX, y después de haber aprendido la Dramaturgia de Lessing?» *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II, volumen II, pág. 341. Madrid, 1884.

Y no descollaron sólo en la teoría los ingenios españoles de los siglos XVI y XVII, sino principalmente en la práctica, donde, al repasar la Historia, vemos hoy tantas y tan generosas audacias, tal suma de dificultades superadas, tan rica combinación de conocimientos clásicos y espontaneidad creadora. El arte teatral no ha pasado nunca, ni en España ni fuera de España, por manos como las de Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Alarcón, Moreto y Rojas, con el correspondiente séquito de autores de segundo orden. La menguada crítica, que no dejó de hincar el diente en el pedestal sobre que se alzó la gran figura de Lope, pudo hacerle ponerse en lucha consigo mismo y arrancarle la nada sincera confesión contenida en su *Arte nuevo de hacer comedias*; pero la musa nacional mereció siempre sus mayores simpatías, y la conducta seguida por el Fénix de los ingenios encontró vigorosos defensores, tantos ó más que adversarios ¹.

Al morir el Teatro español á manos de sus depravadores y de las glaciales teorías francesas, quedaba algo de él entre cenizas, y sólo necesitaba el soplo de la polémica para recobrar su pristino esplendor. Pasan inadvertidas las retóricas declamaciones de un su apologista más bien intencionado que discreto, D. Vicente García de la Huerta, y por dicha ó desdicha hubo de ser un extranjero quien popularizó en Europa el nombre de Calderón, como lo fueron asimismo los primeros colectores de romances. Guillermo A. Schlegel y su hermano Federico hicieron con nuestros dramáticos del siglo XVII lo que Depping y J. Grimm con el desdeñado arte popular ².

¹ Véase historiada magistralmente la contienda entre unos y otros en la mencionada obra de Menéndez Pelayo (tomo II, volumen II, cap. X).

² Del mismo siglo XVIII, no obstante, pueden recogerse varias protestas de escritores españoles contra la dramaturgia galoclásica y los abusos de los preceptistas. La *Historia de las ideas estéticas* ha exhumado un sinnúmero de inestimables fragmentos

Una parte de los principios que invocaban los románticos, sobre todo en Alemania, coincidían con los de Lope de Vega y sus continuadores, y por eso lo que podía parecer entre nosotros importación exótica era más bien restauración castiza enfrente del servilismo reinante. Pero, en obsequio de la verdad, no fué siempre espíritu de noble independencia el del romanticismo español, pues también hallaron en él eco los satánicos gritos de rebelión lanzados por los dioses de este nuevo Olimpo, así los de la musa francesa, con quien tuvimos más íntimo comercio, como los de otros países menos semejantes al nuestro en la lengua y en las costumbres. Sin perjuicio de que Chateaubriand y

críticos, ya de los jesuitas Eximeno, Lampillas y Andrés, ya del egregio helenista D. Pedro Estala, que en el discurso preliminar á su traducción del *Edipo tirano*, de Sófocles (Madrid, 1793), demostró la oposición existente entre la tragedia antigua y la moderna, adelantándose á Schlegel, y combatió el principio de la ilusión teatral y las pedantescas unidades; ya del bibliotecario Berguizas, traductor de Pindaro, ya de otros autores oscuros. A los testimonios recogidos por Menéndez Pelayo añadiré el de un capítulo muy jugoso de la *Crotalogia*, sátira contra el condillaquismo pedestre, y cuyo verdadero autor fué el P. Fernández de Rojas, agustino de San Felipe el Real. El capítulo en que trata *De las tres unidades crotalógicas* (segundo de la parte primera, libro II, sección I, tratado I, art. 2.º, como él dice con sorna) es una rechifla irónica del pedantesco formulario repetido por entonces en los cursos de Literatura. «Los que han compuesto dramas en estos tiempos, ¿por qué causa, dice, han echado la pierna á los Calderones, á los Lopes, á los Moretos, á los Cañizares y demás turba multa de viejos cómicos? ¿En qué consistirá que sus composiciones, sin embargo de ser por la mayor parte *sosas, frias, sin enredo y sin aquella muchedumbre de cosas buenas que no pueden menos de producir los genios que elige para sí la Poesía, aunque no hayan visto una regla en su vida*, con todo eso son tan celebradas, tan primorosas, tan aprobadas, tan aplaudidas y tan superiores á las antiguas *como nos dicen*? Pues no consiste en otra cosa más sino en que guardan exactamente todas las reglas.» «A semejanza é imitación de la poesía dramática y de toda la naturaleza, prosigue el maleante satírico, debe el crotólogo atarse, ceñirse, envolverse y estrecharse con las tres referidas unidades; debe encargar á sus piernas que no bailen, ni den más cabriolas y saltos que los que manden las tres unidades... Las tres unidades se verifican en el crotólogo ó tocador de castañuelas de la manera siguiente: la unidad de acción quiere decir que cuando se hace un repique, se hace uno y no dos, y lo mismo cuando se da un castañetazo, que no se da más que uno, etc.»

Víctor Hugo lograsen incondicionales alabanzas y diesen el tono á la mayoría de los románticos españoles, tuvieron asimismo entre ellos una corte de sectarios el cantor de *Don Juan* y el Júpiter de Weimar.

En sus correspondientes lugares se hablará de las versiones que de uno y otro cundieron en España, y entre las cuales toca la propiedad cronológica al singular arreglo de *Werther* publicado por D. José Mor de Fuentes en sus *Poesías* ¹.

Pero lo que más hondamente sacudió las dormidas energías de la literatura patria fué la polémica del docto alemán Bohl de Faber ², sostenida en el *Diario Mercantil*, de Cádiz, contra los redactores de la *Crónica Científica y Literaria* de Madrid. Bohl, que vino á enseñar á los españoles olvidadizos lo que ellos ignoraban acerca del valor de sus antiguas glorias, y que conocía á fondo los trabajos de la crítica alemana de aquel tiempo, sostuvo su causa con brío y copiosa argumentación; pero luchaba solo contra una falange de literatos más ó menos conspicuos, entre los cuales se distinguía Alcalá Galiano, el tempestuoso orador de las Cortes gaditanas y futuro apologista de aquellos principios que á la sazón tanto le repugnaban ³. Dicese que Bohl de Faber, para llevarlos al terreno de la práctica, hizo representar en Cádiz dos ó tres dramas de Calderón, logrando un éxito que no debió de tener poca parte en la orientación del gusto iniciada entonces, aunque no se fijó hasta algunos años después. El mismo *Diario Mercantil*, de Cádiz, donde aparecieron los

¹ Madrid, 1797. El admirable poemita *Hermán y Dorotea* se incluyó en la *Colección de novelas* de Cabrerizo. (Valencia, 1819.)

² Padre de Fernán Caballero.

³ El mismo refiere esta historia con las palabras que copio á continuación: «Es verdad que en España nunca había faltado quien defendiese la causa de nuestra comedia antigua y del romanticismo contra el clasicismo francés... Abogaba entonces por las reglas francesas el escritor de este artículo, lleno de preocupaciones que hoy ha abjurado, á no ser que ahora yerre y entonces acertase.» (*Revista de Madrid*, tomo I, núm. I.)

artículos del erudito colector de la *Floresta*, insertó en 30 de Noviembre de 1828 una epístola en verso y anónima que decía al hablar de Shakspeare:

Y á pesar de Boileau brilla en la escena.

Con las ideas innovadoras de Bohl de Faber coincidieron las que divulgó la célebre revista barcelonesa *El Europeo*, publicada en la segunda época constitucional por D. Buenaventura C. Aribau y D. Ramón López Soler, en colaboración con el inglés Ernesto Cook y los italianos Luis Monteggia y Florencio Galli. En esta revista se explicaron las teorías románticas, no sólo como genuinamente españolas, sino en el más amplio sentido con que se propagaban en Alemania, Italia é Inglaterra. Allí también apareció en castellano un poema de lord Byron, *El Giaour*, y por primera vez sonaron los nombres de otros grandes poetas extranjeros.

Para vindicar á Lope y su escuela se imprimió en 1828 un folleto de D. Agustín Durán, al cual sigue el excelente discurso de Alcalá Galiano que sirve de introducción á *El moro expósito*; pero reservando para otro lugar de esta historia la de la crítica literaria, me contentaré con haber mencionado estos dos estudios aunque de tan grande importancia.

A la obra de los que paladinamente defendían el romanticismo en los primeros días de su aparición coadyuvaron muchos de los que con sinceridad lo rechazaban, pero que insensiblemente iban atemperándose á la atmósfera de la novedad. No he de repetir ahora lo que he dicho sobre la tradición neoclásica en los comienzos del siglo XIX; pero sí insistiré en la gran diferencia que separa á sus últimos representantes de los que inmediatamente les precedieron, y lo que habían aquéllos andado en el camino de la emancipación.

Si los poetas de la escuela sevillana fueron más

consecuentes con su tradicional carácter, en los de la llamada salmantina hay un abismo sin fondo que no permitirá nunca enlazar la ingenua musa de Fr. Diego González, y aun la de Meléndez Valdés, con la entonada y grandiosa de los Quintanas y Gallegos, como influida esta última por un espíritu de libertad que la regeneró con las aguas del patriotismo y la enriqueció con nuevos y nunca ensayados tonos. Y Gallego al fin sabe hermanarlo todo con una corrección exquisita que le sostiene en las cimas del clasicismo; pero Quintana, despeñado de ellas por el peso de su arrolladora é independiente inspiración, mal avenida con las trabas de una poética convencional; seducido por el ejemplo de Cienfuegos, que le comunicó cierta impaciente fogosidad y cierto vago sentimentalismo, precursores natos de las exageraciones románticas, no podía mostrárseles muy adverso, y compartió, andando los años, con Zorrilla y Espronceda el magisterio de toda una generación literaria. *El panteón del Escorial* parece un cuadro dramático arrebatado á Víctor Hugo ó á cualquier otro escenógrafo terrorista de su escuela ¹.

Añádase también que ya muy de atrás venían logrando simpatías universales los poemas del falso Ossian, no tan conocidos por el texto de Macpherson como por la elegante traducción de Cessarroti, de la que se valió para ponerlos en castellano el exjesuíta D. Pedro de Montengón. El fondo nebuloso y de profunda melancolía que ostentan los cantos ossiánicos, coincide en gran parte con el subjetivismo pesimista de la escuela romántica; y aquella vaguedad apacible, aquel culto por las sombras de la noche y los argentados rayos de la luna, característicos en los primeros,

¹ En las *Obras inéditas* de Quintana va incluido el romance *La mora encantada*, que con razón ha equiparado el Sr. Cañete con las más fantásticas producciones de los poetas románticos.

lo son también de la última, sobre todo en una de sus manifestaciones. El mismo Espronceda incluyó entre sus poesías una de esta especie, y en el *Himno al Sol* copia imágenes y conceptos del falso Ossian, aunque calentándolos con el fuego de su propio numen.

El romanticismo transpirenaico, al estallar definitivamente con la revolución de Julio, precipitó, por fin, al español por un camino paralelo; pues ambos hubieron de luchar con la tradición inveterada, constante en sus propósitos y decidida á defender palmo á palmo sus aportilladas fortalezas. Cuando la escuela de Víctor Hugo celebraba estruendosamente sus primeras conquistas, contando en la crítica como defensores á Saint-Beuve, Janin y Nodier; cuando los cantos de la poesía revolucionaria conducían á su tumba el trono de Carlos X, aún se sostenía en España el de Fernando VII; y viendo así cerrada la puerta á públicas manifestaciones, reuníanse medio clandestinamente los hijos de Apolo agrupados en la capital de la Península, tomando por centro de reunión un cierto lugar de vulgarísimo aspecto y más vulgares condiciones, pero que ha llegado á hacerse célebre en la historia de las letras de un modo semejante al *Cenáculo* de París.

Dejo la palabra á un testigo ocular, que lo retratará mejor de lo que yo podría hacerlo ¹. «De todos los cafés existentes en Madrid por los años 1830 y 31, el más destartado, sombrío y solitario era, sin duda alguna, el que, situado en la planta baja de la casita contigua al teatro del *Príncipe*, se pavoneaba con el mismo título, aunque ni siquiera tenía entonces comunicación con el coliseo.—Esta salita, pues, de escasa superficie, estrecha y desigual (que es la misma que hoy se halla ocupada por la contaduría del teatro Español), estaba á la sazón, en su cualidad de café, des-

¹ Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, tomo II, capítulo IV, pág. 53 y siguientes.

tituída de todo adorno de lujo y aun de comodidad. Una docena de mesas de pino pintadas de color de chocolate, con unas cuantas sillas de Vitoria, formaban su principal mobiliario; el resto le completaban una lámpara de candilones pendiente del techo, y en las paredes hasta media docena de los entonces apellidados *quinquets*, del nombre de su inventor, cerrando el local unas sencillas puertas vidrieras con su ventilador de hojalata en la parte superior. En el fondo de una salita, y aprovechando el hueco de una escalera, se hallaba colocado el mezuquino aparador, y á su inmediación había dos mesas con su correspondiente dotación de sillas vitorianas.—Estas dos mesitas eran las únicas ordinariamente ocupadas por unos cuantos comensales, personas de cierta gravedad....—El resto de la sala permanecía constantemente desierto, y alumbrado tibiamente por la tétrica luz de los candilones el empolvado pavimento de baldosa de la ribera, en cuyos intersticios crecía la hierba, que acudían ganosos á pastar los ratones y correderas, con la misma franqueza que si fueran ganado de la Mesta en prado comunal.

»Pues bien, á pesar de todas estas condiciones negativas, y tal vez á causa de ellas mismas, este miserable tugurio, sombrío y desierto, llamó la atención y obtuvo la preferencia de los jóvenes poetas, literatos, artistas y aficionados, que á la sazón andaban diseminados en los varios cafés de aquella zona...

»Y hé aquí la razón por la cual cierta noche de invierno (no sabré fijar si fué el de 1830 ó 31) una numerosa falange de tan despiertos y animados jóvenes tomó posesión de aquella tierra incógnita, y nuevos Colones, plantaron en ella el estandarte de las Musas, imponiéndola, en su consecuencia, el título de *El Parnasillo*.

.....
 Allí, al frente de la mesa que pudiéramos llamar *presidencial*, el dictador teatral Grimaldi tendía el paño y disertaba con gran inteligencia sobre el arte dramá-

tico y la poesía;—allí Carnerero, con su amena y sabrosa conversación, sus animados cuentos, chistes y chascarrillos, que por su color demasiado subido no me atrevo á compulsar aquí, formaba las delicias de los jóvenes poetas;—allí Bretón de los Herreros, con su alegre y franca espontaneidad característica, su prodigiosa facultad para versificar aunque fuese una noche entera, y la homérica y comunicativa carcajada con que él mismo celebraba sus propios chistes;—allí Serafin Calderón, con su lengua estropajosa y su lenguaje macareno y de germanía, contando lances y percances á la alta escuela, ó entonando por lo bajo una playera del Perchel;—allí Gil y Zárate, formando contraste con su grave seriedad y su poco simpática elocuencia;—allí Ventura de la Vega, con aquel aplomo y cómica seriedad que le eran característicos, soltando un epigrama, un chiste agudo, que algunas horas después eran como proverbiales en nuestra culta sociedad;—allí Espronceda, con su entonada y un tanto pedantesca actitud, lanzando epigramas contra todo lo pasado, lo presente y lo futuro;—allí Larra, con su innata mordacidad, que tan pocas simpatías le acarrea;—allí Escosura, con la agitada movilidad de su lengua, de su mente y hasta de su corazón;—allí Bautista Alonso, con su palabra inagotable, que participaba de arenga forense y de égloga virgiliana;—allí, en fin, todos los concurrentes á aquel certamen del talento, alardeaban de sus respectivas facultades, y convertían aquella modesta sala en una lucha animada, en un torneo del ingenio, y casi casi en una literaria institución.»

En este lugar, tan prolija y cariñosamente descrito por *El curioso parlante*, se fomentaba el ardor de aquellas cabezas volcánicas con la lectura de los novísimos poetas franceses, dando pie á alguna que otra osada imitación, aun cuando hoy nos faltan datos sobre el número y naturaleza de las mismas. No se sabe,

á lo menos por los libros y Memorias de aquella edad, sino de la intentona con que el joven Roca de Togores, más tarde Marqués de Molins, pensó trasladar á España el llamado *drama romántico*, bautizando con ese nombre una obra escénica suya, *El Duque de Alba*, que vino á convertirse en *La espada de un caballero*¹. Los problemas que allí pretendía su autor haber resuelto fueron discutidos á la larga y con gran copia de razones por el improvisado Areópago del *Parnasillo*, conviniendo con Roca la mayoría, aunque se pudiese enfrente de él como vindicador de las rancias unidades el sesudo Gil y Zárate, que aún no se atrevía á pecados tan leves, cuando tan graves los cometió á los pocos años en un engendro tristemente célebre.

¿Encerraba el *Parnasillo* en su seno todos los hombres de letras á la sazón más conocidos, como parece desprenderse de ciertas afirmaciones incondicionales? Absurdo sería el pensarlo, ya que ni allí ni en Madrid, ni siquiera en España, se podían encontrar algunos poetas y críticos, desterrados á otros países por el Gobierno absolutista, y entretenidos en proyectos de política liberal, aunque sin abandonar del todo los amenos campos de la literatura. Todos los emigrados seguían las ideas del más estrecho clasicismo al partir para su destierro; pero durante él columbraron un horizonte al que no estaban acostumbrados, unas doctrinas que no eran las suyas y que alcanzaban universal aplauso. El amaneramiento de Pope y Addison, encanto de sus mocedades, yacía por tierra en el mismo país que le vió nacer, y levantándose sobre sus escombros aparecía una falange nutrida y vigorosa, en cuyos principios andaba el mal revuelto con el bien;

¹ Consta todo en la curiosísima *Advertencia* con que el Marqués de Molins encabezó ese drama en las dos últimas ediciones de sus obras.

falange de admirables poetas como lord Byron, Tomás Moore y los lackistas.

Aquellos fervientes partidarios del clasicismo le volvieron las espaldas, tomando activa parte en la revolución que, sin saberlo ellos, había fermentado entre la juventud literaria de Madrid, y á su cooperación se debió un triunfo hasta entonces indeciso. ¿No fué el Duque de Rivas quien probó con el ejemplo la superioridad de las nuevas ideas sobre las antiguas, así en la poesía rigurosamente lírica con *El faro de Malta*, como en la legendaria con *El moro expósito*, y sobre todo en la escénica con su incomparable *Don Alvaro*? ¿No fué Espronceda el primero que hizo hablar á Byron en el idioma de Castilla, y representó por sí sólo una de las más vigorosas direcciones de la restauración literaria? Eso sin contar con que la filosofía del arte, opuesta por los románticos á la hasta entonces universalmente respetada, debió mucho más á los emigrados que á los discípulos incondicionales de Víctor Hugo, cuyo código se reducía al discutido y discutible prólogo del *Cromwell*. El que antepuso Alcalá Galiano á *El moro expósito* denuncia bien la influencia sajona en la gravedad y mesura del raciocinio, no menos que en la elevación y amplitud de las ideas.

De las discusiones sobre el romanticismo poco hemos ya de añadir, dejando para otro lugar, como queda advertido, el examen de la única obra digna de mención á que dieron origen: el opúsculo célebre de Durán. Fuera de él, casi no nos queda otra cosa que insignificantes articulillos de periódico inspirados por las pasiones de partido, y no por la razón serena y filosófica, y pujas de insultos callejeros ó de ocurrencias é ingeniosidades, que contribuían á difundir rápidamente, pero no á justificar, la novísima literatura.

En las veladas del Ateneo se la discutió en sus puntos fundamentales, y muy particularmente en lo relativo al teatro. La templanza y la erudición de *El Estu-*